

VIDA MODERNA

LOS LABERINTOS DE LA MEMORIA

Sillas y sillones Luis XIV, un *boudoir* repleto de muñequitos, pots, perfumeros y otras extravagancias, un enorme espejo sobre cuya luna llena se reflejan todos los cuartos, las alfombras rojo subido, los innumerables retratos del dueño de casa entremezclándose obsesivamente con la cara verdadera, alternándose en un juego de ficción y realidad al que apoyan las velas encendidas, las cruces de madera, las cruces de plata, los géneros desplegados, las pieles colgadas en percheros, los recortes de seda y los muñecos, en fila, todos parecidos al dueño saltando de los álbumes familiares; mientras, el inequívoco Paco Jamandreu preside esa ambigüedad entronizado en el sillón más alto, abrazado de dorados a la hoja y terciopelos de Génova, embanderado con más cruces y asentando sus movedizos pies en un cojín blanco de seda. A su alrededor gira toda la corte, también real y ficticia, jefas de taller, vestidos de Eva Perón tan ubicables en el recuerdo fotográfico que una pequeña mancha de café en la falda devuelve con fuerza el momento a la imaginación poblada de espíritus —¿o son espíritus?—. Porque Jamandreu habla, y el pasado se mezcla

con el presente, cuando no con el futuro, y no se puede distinguir el tiempo ni diferenciar las sombras de la corporeidad. Con gestos que enmarcan una extraña combinación —otra más— de Bette Davis joven con Peter Lorre, convoca sus propios fantasmas (¿o sus realidades?) mientras enciende con un enorme y largo fósforo las treinta y dos velas diseminadas por los suelos de su barroca residencia.

Puedo hablar de otras personas, pero no de mí. Soy un tipo que se conoce poco, incluso conozco más a la gente que lo que me conozco a mí. Soy un extraño para mí mismo, soy un tipo que me compadezco. Mientras más me admiro, más cargos me hago. Nunca puedo predecir una reacción mía.

La gente dice que he ganado fortunas; sí, he ganado plata, pero no fortunas. En la Argentina no hay que engañarse: nadie, con fama, gana fortunas. No es como en París, Nueva York, donde un nombre asegura una vida. Acá, sólo te salva la jubilación. A mí, la mano no me la tendió nadie. Todo, este sillón, este vaso, han sido perdidos y recuperados por mí, Paco Jamandreu, argentino, hijo de padre

catalán y madre argentina.

María, jefa del taller de costura, entra corriendo: "Paco... Paco, murió Fanny, acaban de avisar, llamaron por teléfono..."

El rey sol enmudece. Sin decir una palabra se levanta, con furia aparta el blanco cojín y abre los enormes ventanales. El viento apaga varias velas. Casi en un susurro recomienza su monólogo.

Terrible... Yo la adoraba... Con ella termina toda una época. Puede decirse que se murió de hambre. ¡Pobre Fanny! Tan linda, tan sufrida. Era una de mis pocas amigas.

Cierra el ventanal; la casa, súbitamente, oscura. Jamandreu enmudece.

MARTES: EL PUEBLO

Algunas flores en vasos isabelinos. Un lánguido tango de Gardel con mucho ruido a púa. El caserón desierto.

Mi padre, qué tipo increíble. Un día vino de Europa, se aburría en Buenos Aires y se fue a 25 de Mayo a visitar a algunos amigos del barco. Conoció a mi madre, le llevaba treinta años; pero igual se casaron.

Mi infancia fue triste. Con mis padres nos íbamos todos los años a Europa. Apenas llegábamos allí nos encerraban a los chicos con los padres Escolapios y ellos se iban a Saint Moritz o a París. Cuando llegábamos a la Argentina nos metían en el colegio de 25 de Mayo. Nunca tuve unas vacaciones como el resto de los chicos. Todos nos hablaban del mar, de los caballos..., y yo al mar sólo lo conocía del barco. Además, esta doble vida se agravaba por cualquier lado que se la mirara, mi abuela española —terriblemente dominante— era noble y nos emperifollaba con moños y botitas; en cambio, la materna —más dominante todavía— era burguesa, atea y nos



Paco Jamandreu, niñez española, comulgante y la fama renovada: Una extraña alquimia de ficción y realidad.

educaba en el "vive como quieras". Así que cada seis meses cambiábamos de vida, de idioma, de modales, de costumbres, de religiones. En España nos enseñaban que éramos sobrinos bisnietos de Antonio María Claret, que nuestros antepasados eran nobles, de la hermandad tal, de la orden cual... Aquí nos hablaban de la Logia Lautaro... Allí yo decía "tú", aquí me decían "mariquita" por decir "tú"; empezaba con el "vos" y en España me pegaban con el puntero por destrozar el idioma de Cervantes. De España sólo conservo el refinamiento y los idiomas que aprendí; la cultura, claro está... Pero nunca más volví y no creo volver.

Prefería Buenos Aires, el campo, el pueblo. Aunque la gente de pueblo es terrible. Allí dicen, refiriéndose a una chica de doce años: "Cuando sea grande va a ser una perdida", y aunque en ese momento sea una santa de comunión diaria, cuando tiene doce años ya lo es, se convierte en eso... No sé si es intuición, o tanto lo desean que la cargan de energías, que la predestinan. A nosotros, a los tres hermanos, nos miraban con cara rara, de chicos éramos los pituquitos; de grandes, los raros. No sé... Pero pienso que intuían, también de mí, como con esa chica de doce años, y también me cargaron. A los quince años me fui.

MIÉRCOLES: LA CAPITAL

Compré La Prensa en Constitución, leí los avisos clasificados y me fui derecho a una pensión. A la mañana siguiente me despertó el teléfono del pasillo. Oía los gritos: "Fulana, de parte del señor Anchorena"; "Mengana, te habla el señor Barceló"; "Perengana, de lo de Elizalde..." "La p..., pensaba, he caído en una casa de sociedad". Lo llamé disparando a mi hermano Jorge y le dije: "Venite, Buenos Aires es bárbaro, vivo en una casa donde está lo mejor. Todo el día están de largo, mucho satén y gasa." ¡Qué ingenuidad! Los vestidos largos no eran otra cosa que deshábills, y las señoritas de la pensión, todas las coperas "programas" de gente muy conocida. Fue un chasco, Jorge ya estaba acá, no teníamos un peso, ningunas ganas de volver y sólo una caja de arroz...

Ahí empezó el peregrinaje. Yo dibujaba y decidí vivir de eso. Éramos chicos y muy bonitos, nos recibían, pero no tenían ninguna intención de ver los dibujos, más bien eran otros los deseos... Así que salíamos corriendo con toda la velocidad que nos daban las piernas.

Un día en Radio Stentor (estaba de moda), haciendo antesalas, nos vio un señor gordo y pelado, se interesó en



Eva Duarte: El siglo.

mis dibujos (creo que se interesaba más en otras cosas), y nos llevó a Parque Gol, un show de éxito, especie de tanguería y varieté. Si digo quiénes trabajaban conmigo, medio Buenos Aires famoso me saca el saludo. Allí cantábamos esta canción: Fumo, trago el humo, me perfumo con perfumes de Coty, si se me antoja pasear tomo un taxi, pago yo, y aquí todo se acabó, y aquí todo se acabó...

María: Señor Paco, señor Paco... lo llama la señora Isabel Sarli.

Antes de irse, Jamandreu abre una caja de bombones antigua, de cotin floreado, y deja sobre la alfombra roja una increíble foto de Iris Marga.

JUEVES: EL EXITO

Bayón Herrera era el tipo que más filmaba, o al menos así se decía. Un día decidimos ir a visitarlo al estudio.

Le mostré los dibujos, le gustaron, pero me dijo: "Oye, pues que eres muy niño. Dibujas bien, te felicito". Yo no buscaba, precisamente, felicitaciones. Amanda Ledesma, que estaba con él, me hacía gancho, pero Bayón era inflexible y nadie lo sacaba del "Eres muy niño". Al final, hartó, me preguntó a quién vestía. Yo, con un caradurismo que sólo el hambre podía darme, le mentí: "A Iris Marga, señor". Bayón casi se cae de espaldas. "Pues si tú eres el modista de Iris, la cosa cambia, ella, ella es muy chic".

De más está decir que de allí nos fuimos disparando al teatro Nacional de Comedias, donde la Marga era diosa. Estábamos histéricos, habíamos metido la pata olímpicamente, y más que seguro que semejante vedette no nos iba a llevar el apunte. Pero yo siempre me digo: "Paco, tenés un dios aparte", pues le caímos en gracia al portero. Ahora pienso que no fue sólo eso, no podía creer que eran periodistas esos dos mequetrefes vestidos con trajes naranja y sombreros verde loro.

La Marga nos recibió. Yo sentía el corazón a mil por hora. Le dije directamente la verdad, le conté lo que habíamos hecho, que necesitaba su ayuda, etc., etc. Su única respuesta fue: "Pero si sos tan pendejo..." Siguió actuando y nos dejó en el camarín. Era tal el hambre que traíamos que nos liquidamos los bombones que tenía de regalo. Al final, accedió. Y así entré a trabajar con Bayón, y sólo seis meses separaron la hambruna de la pensión de un petit hotel con seis cuartos y un Alfa Romeo blanco en la puerta. Lucrecia Borgia era el nombre de la película. ¡Qué ironía!

JUEVES: LA FAMA

Por suerte, no me mareé con la fama, pues Valentina me dio dos páginas en el Mundo Argentino, y allí yo dibujaba. Escribía "Fulanita de Tal en tal película luce tal vestido". Era una promoción bárbara, no existía la televisión, y el poder de la radio era relativo. Así que poco a poco esas páginas empezaron a cotizarse y todas las "estrellas" querían salir, y por lo tanto vestirse conmigo. Todas, Zully Moreno, la Duval, Lola Flores, Aida Luz, las Singsman, Luisa Vehil, Fanny Navarro (pobre Fanny, cuando empezó a salir con Duarte y a meterse en política, yo le dije: "Me parece que estás haciendo una macana"), Néilda Bilbao (la diosa de la época, pero tan histérica y malhumorada que eso le costó la carrera). Estuve muy de moda, famosísimo, y sólo tenía diecisiete años. En un año, los principales estrenos de teatro estaban vestidos por mí, y en



Isabel Sarli: El trueno.

cinco teatros mis dibujos inundaban los foyers. Mi casa se vio invadida de gente. A veces yo llegaba y me encontraba con un mundo de lo más heterogéneo: estrellas, directores, locutores, alta sociedad, intelectuales, y todos, todos, se sentían muy bien mirándose. En el pueblo ya no les quedaban uñas. La traje a mi madre, la instalé con casa, auto y chofer. La única desgracia era que no tenía un solo minuto libre.

VIERNES: LA MUJER DEL SIGLO

Jamandreu despliega un estupendo Dior. Gris-blanco-perla. Impresiona la delgadez de la cintura y lo pequeño del corsé. "Este era de Eva", susurra. La explicación es obvia, fotografiado hasta el cansancio, la robe de nuit es fácilmente reconocible. "Dior ofrece por ella, o por cualquiera de sus vesti-

dos, cualquier cantidad de plata, no tiene ninguno en su museo." El vestido, colgado en una percha, despliega un lujo inverosímil. "Verdaderamente es único", murmura una visitante entre respetuosa y acobardada por el halo de leyenda que esos metros de seda despiden. "Recuerdo haberla visto en el Colón con él", concluye Paco, de nuevo en el sillón Luis XIV; sin quitarle la vista, continúa:

Corría 1945. Yo estaba trabajando con la Bilbao cuando me llamaron de parte de Eva Duarte; yo la conocía de nombre, pero estaba muy ocupado. Recuerdo que la Bilbao me dijo: "Atendela, que esa mujer va a llegar muy lejos". Y así aterricé en un departamento, cómodo, confortable, burgués, de Arenales y Billinghamst. Me recibe ella. La veo patente: vestido de raso gris, camisa celeste y zapatones con suela de corcho. Me dijo que quería vestirse conmigo. Me mostró las pieles que tenía: mucho zorro plateado, demodée, sólo la usaban las cancionistas de tango no muy bien vistas. Se lo dije, se rió mucho. De pronto, una voz desde el cuarto preguntó: "¿Quién anda ahí?" Ella le dijo: "Jamandreu, el ahísto". La ve ordenó que pasara. Entré. Allí estaba Perón, comiendo. "Así que vos sos el famoso Jamandreu que las tiene a las mujeres tan revueltas... ¡Pero si sos un mocoso! Yo no sé cómo hacés para aguantarlas". En seguida se puso serio y me pidió que le hiciera a Eva "un vestido sencillo, clásico, de tweed blanco y negro, con un cuellito de piel oscura y un sombrero elegante". Las había pensado todas. Cuando me despedí, oí su voz desde la puerta que decía, "a ver si me le hacés para ella los mejores vestidos".

Desde entonces empecé a hacer su ropa. Cada vez estaba más apurada, necesitaba más. Me divertía muchísimo con ella. Era magnífica y tenía un sentido innato del gusto, y mucho humor. Yo no soy político, no sé nada de eso. Pero pienso que es La Mujer del siglo. Nadie manejó tanto como ella, nadie tuvo tanto poder. Era muy amable, simpaticísima. Un carácter muy fuerte, la he visto gritarle a los ministros y a embajadores y ponerlos en vereda como si tal cosa. Tenía una fortaleza increíble. Se sentía llamada a grandes destinos, se sabía elegida, iluminada. Comprendía que era medio posesa y transmitía esa sensación de posesía. El diálogo con ella era abierto y franquísimo. Yo he conocido mujeres bárbaras, Ava Gardner, Rita Hayworth, Michele Morgan, Joan Crawford... Pero nadie tenía ese ángel, ese imponderable y esa elegancia...

Sabía llevar la ropa, ya como estrella de radioteatro, y aun cuando no fuera muy linda esa ropa, era un placer verla caminar con unos pasos larguísimo, con esa piel increíble, blanca, casi de mármol que profetizaba su final.

No era Mme. Curie, pero tenía una gran preparación y, como toda la gente que se hizo sola, un ansia de aprender, de saber. Había tenido una gran profesora: la vida, y se notaba.

La gente tradicional se portó mal con ella. A mí me consta que ella esperó siempre un gesto, un acercamiento, y siempre lo facilitaba. Pero había mucha envidia: era la Presidenta, vivía en el palacio de los Unzué, y a nadie la querían tanto. El colmo fue el día en que ella apareció en el Colón, esperando así el ansiado acercamiento, y los abonados mandaron a todas sus mucamas. Si la gente tradicional hubiese tenido ese acercamiento, otra hubiera sido la historia. Pero por aquí hay mucha pequeñez. Y eso que no fui peronista.

Nunca olvidaré el día que me encargó un vestido para el desfile. Era verde, marrón y beige. Quedó chocha. Me dijo: "Todos esperan que vaya con alhajas, porque dicen que no sé vestirme y soy guaranga, pero les voy a meter la tapa. Conseguime un collar de fantasía con estos colores". Milagrosamente, era feriado, se lo ubiqué en un negocio que tuve que hacer abrir. Se entlocueque, eran los mismos tonos. Al día siguiente me llamó, y muerta de risa me insultó de arriba abajo y a toda mi ascendencia, porque en el medio del desfile, "con la emoción, me había puesto a mordisquear el collar, y como era de fideos pintados, me había quedado todo el labio y la cara manchada de verde, beige y marrón". Recuerdo que se reía a carcajadas.

Después nos distanciamos. Pero una noche cayó un auto de la Presidencia



Iris Marga: Los comienzos.

con un mensaje urgente de que fuera. Cuando llegué a "la quinta", me recibió Perón, muy pálido. Me dijo: "Eva se nos muere, queremos que ella no lo sepa, así que trae algunos dibujos". A la mañana siguiente volví, pero Eva había tenido una recaída y el médico no quería que nadie la viera. Pero oyó que estaba yo, y desde el cuarto me dijo: "Paquito, Paquito... hagamos las paces. ¿Sabés una cosa? En París todo el mundo te conoce y dice que sos genial".

SABADO: LA DIOSA

María trae unas tijeras enormes y un corte de seda rosa subido. Jamandreu, como si se tratara de un pan, lo recorta cuidadosamente. El teléfono atruena, la secretaria de Isabel Sarli le recuerda que esa noche tiene que comer en su casa con el Embajador Tal. Paco asiente y sigue cortando.

A Isabel la conozco desde chica. Una vez nos dijeron: Isabel, Jamandreu, Palito, Troilo, Nélica Roca... con ustedes terminan las vedettes. Y es cierto. Isabel es la única. Afuera se la conoce más que aquí, lo que le han hecho en su país es una injusticia. A la Argentina se la conoce por ella y Gardel. ¿Acaso Brigitte no es monumento nacional? En Nueva York toda la Quinta Avenida está tapizada de ISABEL SARLI, y en Londres, Sofía Loren, Elizabeth Taylor, Rachel Welch y la Bardot se reunieron para recibir a La Diosa Dorada de las Pampas. Ella es la única que mantiene vivo el misterio de la estrella, refugiándose en su intimidad, no saliendo nunca. Habría que publicar lo que son sus joyas, sus pieles, sus chinchillas, visones y nutrias. Es el orden personificado. Ella se administra todo, sus películas, sus campos... Una fiesta en su casa es como volver a los años treinta: autos blancos, choferes y uniformes blancos, los perritos con capas de visón y sus películas proyectándose en el jardín. Lo que nadie sabe es que Isabel hace muchísima caridad, mantiene a familias enteras; a ella no le interesa promocionarse porque ella es, y ser Isabel Sarli es muy importante. Al lado de ella, la Bisutti, la Lousek, la Borges, la Daniel y todas esas "estrellitas" quedan relegadas al papel de partiquinas masticando una pizza en la calle Corrientes.

Dicho esto, Jamandreu levantó su brazo derecho, cerró los ojos y muy tranquilamente susurró: "En lo que respecta a mí, el futuro me encontrará siempre joven, porque leyendo la llama de una vela comprendí que la vejez y la muerte no son para mí puntos finales, sino principios". ⊖